



EL FEMINISMO

por JOSÉ ROCA DE TOGORES

“Siendo el trabajo fuente de moralidad, riqueza, bienestar y adelantamiento ¿es conveniente que permanezca inactiva la mitad de la humanidad?,”

(Tema 1.º, N.º 17 de GENTE JOVEN) ■

LA *mística anciana* á que aludí en mi anterior artículo, ha leído el de mi querido amigo, D. Máximo Peña, y aunque insiste en guardar el incógnito, se ha prestado gustosa á inspirarme la réplica.

Según dicha señora, está bien dicho “mitad de la humanidad,” tratándose de uno de los dos sexos, porque el uso constante lo ha admitido; porque se impone la palabra *mitad* mientras carezcan de censo de población multitud de países, y porque relacionándose íntimamente el tema primero con los que le siguen debía conceptuarse la mujer como mitad de la humanidad. Siempre resultará una parte importantísima de ésta, aunque no supera al número de hombres, y para los efectos de la herencia, hay que admitir necesariamente la igualdad numérica.

Me aconseja la *mística anciana* que no pretenda modificar el gusto del Sr. Peña con respecto á la elección de esposa, ni dirija sus aficiones y aptitudes al arte culinario, pues afirma que ambas cosas no nos deben preocupar; pero en cambio me aconseja trate de conocer qué

concepto tiene del fin del hombre, ya individual, ya colectivamente considerado.

Mi amiga comentó mucho las palabras del Sr. Peña: “todo es como á Dios plugo,” y todo tiene su origen y su fin y su orden. Está muy conforme en ello, pero recordó, que no hemos llegado á la finalidad; que caminar hacia el perfeccionamiento no es volver del revés lo que el supone derecho y ella conceptúa torcido: que si el hombre es un sér *perfectible* no cabe suponer, sin incurrir en heregía, que á *Dios plugo* que *todo* sea en lo porvenir como fué y como es.

Estima la *mística anciana* que el silencio de mi contrincante, en cuanto á mi afirmación: “el trabajo es fuente de moralidad, riqueza, bienestar y adelantamiento,” indica ó presupone conformidad. Basta con que él lo admita, y dada su ilustración, es indudable que lo admitirá, para que con esta premisa y la por él sentada “todo tiene su origen fin y orden,” quede demostrado que la inactividad de lo mitad ó parte importante de la humanidad no es conveniente bajo ningún concepto.

Confieso que temía entrar en polémica con D. Máximo Peña, por conocer sus elevadas dotes, pero la *mística anciana* me ha infundido valor, y ha llevado á mi ánimo el convencimiento de que la razón está de parte de ella.

LA POESIA Y MEDINA

por LUÍS HORTAL

DICEN por ahí, ramplones positivistas, que los versos no sirven para nada, que los poetas no hacen ningún beneficio á la humanidad, y que á lo sumo, sirven para entretener los ratos de ocio de las niñas sententa-

les y de los muchachos desmedrados ó enfermos. Así hablan los sinceros.

Hay otros, *antipoetas*, desde que nacen, que fingen gustarle la poesía, despreciándolo ó quizá aborreciéndola en sus adentros.

He observado que versos leídos en público,

en veladas, son acogidos con entusiasmo, que me parece, si no ficticio, sí muy superficial.

Leedle á uno ó dos hermosas poesías, repetid la prueba varias veces y os convenceréis de que se les ve el aburrimiento, aunque traten de taparlo. De modo que en un medio refractario á la poesía, es difícil que los poetas sean conocidos en todas las esferas sociales.

La poesía, lectores, existe desde que en la tierra hubo dos almas que se buscaron con ansia, é hicieron nacer el amor, fuente de todas las bellezas.

Amad y seréis poetas. ¿Acaso algún enamorado no ha hecho versos ó por lo menos ha pensado en hacerlos?

¿No habéis sido nunca atraídos hacia lo misterioso? ¿No os ha dolido nunca el alma? Dolor, misterio, amor, hé ahí lo que es poesía.

Vicente Medina se crió en la hermosa huerta murciana, situado á la orilla del ancho y bienhechor Segura. Es fruto de la huerta, el poeta de las pasiones frescas y sencillas, de las almas ingenuas.

Allá, entre naranjos que de azahar se cuajan en primavera, entre rosales y parras que ocultan las barracas como si fueran nidos, busca los dolores de los humildes huertanos y los canta... y los llora.

Es su huerta su Amor y anhelo.

¡Una choza en su huerto
lleno de flores!...
¡Escuchar el concierto
de ruisñores!...
¡Vivir en calma!...



Vicente Medina

¡siempre el cielo sereno!...
¡serena el alma!..

¿Y por qué Medina nacido entre perennes y risueños verdores tiene á su musa *del dolor enamorada*?

Porque es el más poeta que en España hay, porque la gran poesía no está en los campos, ni en los cielos. está en las almas que sufren, que aman, que anhelan...

Bequer fué el poeta mejor del siglo pasado, y no se inspiraba en el campo y daba solo estados, impresiones de su alma sensible como pocas.

Medina, en su último libro, *La Canción de la Huerta*, acentúa las penas que silenciosos los huertanos sufren, y en las poesías *El aullido de los perros*, *Loco de remate*, *Los tres nenes* y otras, llega á lo dramático.

Y lo que más me admira de él, es la fuerza de expresión que posee, sacada, sin duda, del pueblo, siempre fuerte en sus decires. Pone en *Cansera* y en boca del labrador agobiado por la esterilidad de sus pequeños terrenos, estas frases de fuerza asombrosa:

¿Pa qué quiés que vaya? Pa ver cuatro espigas
arroyás y pegás á la tierra.

En su poesía *¡Tate quietecita!*, después de describir las travesuras con que llena la casa la niña adorada, termina:

La nena se ha muerto... ya no da más guerra,
ya... ¡tan quietecita!

En fin, son tantos sus poemas magníficos, que sería imposible citarlos siquiera en un artículo.

Y, sin embargo, Medina no es leído por todos como debiera de serlo, porque no estamos en época de versos, de poesía. Hoy impera el positivismo, no el elevado, el chabacano.



LOS ESTUDIANTES

por JOSÉ M.^a DE ONÍS Y SÁNCHEZ

I

El curso se pasa
Y el momento llega
De ir á examinarse,
De sufrir la prueba.

Van los estudiantes con las caras tristes;
Circundan en sus ojos moradas ojeras,
Señal evidente de noches de insomnio;

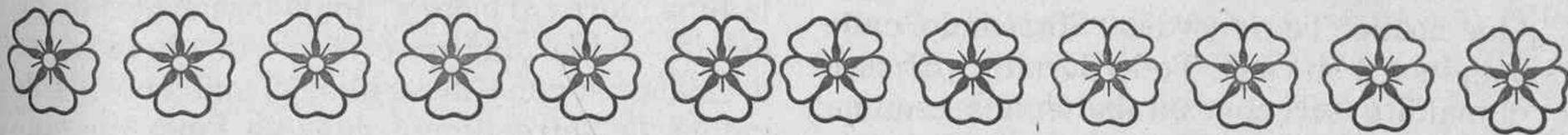
Pasan amarillos, cual la misma cera.
¡Pobres estudiantes!
¡Cuántas amarguras! y ¡cuántas tristezas
Se pasan en Mayo!
¡Qué pánico infunde que á uno le suspendan!
Se pasan dos meses
De una angustia eterna

Metiendo en el cuerpo de noche y de día
 Unos tomos ¡grandes! ¡inmensos! de ciencia.
 ¡Cuánto sufrimiento!
 ¡Qué terribles penas!
 Durante el examen está uno azorado,
 Las piernas le tiemblan,
 No hay más que suspiros en todos los pechos,
 Se hiela la sangre, se acaban las fuerzas.
 ¡El miedo es horrible!
 ¡La zozobra inmensa!
 Ya llega el momento de darles las notas,
 Cada uno en la suya con ansia hace presa;
 Por nada del mundo
 Ninguno la suelta!
 Y el que ha conseguido salir aprobado
 En su casa entra,
 Y así que su madre
 Conoce la nueva,
 Exclama: ¡Qué hijo! ¡Que Dios te bendiga!
 Y alegre, le abraza, le estruja, le aprieta,
 Manchándole el rostro con lágrimas santas
 Que vierten sus ojos,
 Que vierte su alma, ¡la frente le besa!.....
 Luego va á otro sitio;
 Va á ver á su *prenda*,
 Aquella mocita morena y salada
 Que aguarda en la reja.
 Y también le dice con pura alegría:
 ¡Así yo te quiero! ¡Que sea enhorabuena!

II

Aquel estudiante que, con cara triste,
 Cabizbajo y serio, el suspenso lleva,
 En su casa nadie
 Le dice una letra,

Todos son insultos, todos son consejos,
 No hay nadie que le hable con la cara buena,
 Y siempre tenemos, aunque no queramos.
 Durante dos meses la misma monserga.
 ¡Vagazo! ¡Vagazo!
 ¿No te da vergüenza
 Que á todos aprueben
 Y á tí te suspendan?
 Al revés que el otro, con la cara triste,
 Va muy despacito á ver á su *prenda*,
 Y cuando pronuncia la triste palabra
 Se pone encendido, rojo de vergüenza.
 Su novia le insulta,
 Le riñe y vocea
 Y por fin y postre
 ¡Solito le deja!
 Por eso, estudiantes, á meter los libros,
 Aunque no nos guste, ahora en la cabeza,
 Porque al suspendido le riñen sus padres,
 Su novia le deja,
 Amén de los meses
 Que de horrible angustia y estudio le quedan,
 Y si nos suspenden luego no tendremos
 Muchas cosas buenas,
 Que es mucha dulzura mirar á la madre
 Que, alegre le abraza, le estruja, le aprieta,
 Manchándose el rostro con lágrimas santas
 Que vierten sus ojos, que salen sinceras
 Del fondo del alma;
 ¡La frente le besa!.....
 Que es mucha dulzura
 Ir á ver la *prenda*
 Aquella mocita, morena, salada,
 Que aguarda en la reja
 Y oirla que dice con pura alegría:
 ¡Así yo te quiero! ¡que sea enhorabuena!



CARTA PERDIDA

por EL QUE LA ENCONTRÓ

SR. DIRECTOR DE GENTE JOVEN:

A V. no le importará que yo haya comprado en almoneda una modesta mesa de despacho; pero quizás le interese algo la carta y retrato adjunto, que me encontré en el cajón de la susodicha mesa. Me quedo con el sobre para no comprometer al exposeedor de mi mueble.

X.

Querido Emilio: Me llamas muchas cosas en las muchas cartas que no te he contestado. Veo que continúas tan desaprensivo como siempre.

Para evitarte el interpretar mi silencio, tengo que hacer historia con el único propósito de ablandarte algo esas entrañas de escribano y

desahogarme al mismo tiempo de una espuerta de divagaciones románticas que arrancan todas de aquella crueldad que perpetramos los dos en la memorable noche de los Reyes Magos.

¿No te has enternecido, filósofo de pacotilla? ¿No te ha dado un vuelquecito el corazón al recordarte el 6 de Enero de 1905?

Si no te has inmutado, ya te inmutarás, estoy dispuesto á sacudir tus nervios por primera vez en la vida.

Emilio de mis pecados, he sufrido mucho por lo menos, he vivido cuatro meses en la ilusión de que sufría.

He pasado un invierno de misántropo, ron-



dando por parterres solitarios y misteriosos, con la cabeza humillada, los brazos *flácidos* y el andar uniforme. He visto retoñar los árboles, únicos compañeros en mi *pose* de desengaño.

Me llegué ha preocupar. Era, esclavo, querido Emilio de mi *crimen* como tú le llamas en ese maldecido *caló* de la alegría.

¿Tú has visto *La Tempestad*? Dispensa chico si te ofendo con la pregunta. Ya se que has visto *La Tempestad*. Pues hazte la cuenta de que yo tenía en mi *parterre* aquellas gasas y aquellos tramoyistas del sueño de D. Simón.

Y aunque te pongas serio, voy á repetirte las gasas.

¿Te acuerdas de aquella noche de Reyes?: Llegué á la plaza y te encontré de manos á boca. Iba triste y alegre, vamos baci-yelmo. Te estoy viendo preguntar—¿Otra vez?—Me estoy viendo responder—Para siempre; hoy va de veras. ¡Mueran las cadenas! muera el amor.

Recordarás que hablamos mucho, parece que oigo el metal de tu carcajada, marchates á casa marché al Hotel contento, sinceramente contento.

Ya estabas en el teatro cuando, entré yo. Me miraste á la cara y sonreiste satisfecho. Ahora, déjame que me entretenga, ahora llega el entreacto. Empezaste á charlar de cabalgatas de Reyes y ¡se te ocurrió la idea!

Veo á los dos, cantando en mi habitación, revolviendo botas y zapatos. Te veo coger aquella botita rubia, y embuchar en ella, sus cartas, sus retratos, hasta la flor marchita.

¿Te vas enterneciendo?

¡Qué noche! Te acuerdas. Sorteando callejas llegamos á su casa. Todo dormía. ¡El sereno, el maldito sereno cantaba en una esquina! Sacaste aquello de debajo de la capa, nos reíamos como benditos relamiéndonos de la broma; metiste las manos entre aquellos barrotes, satinados con las mejillas de mi nena, dejamos la bota con cartas y retratos y nos marchamos cantando.

Volvimos la cabeza; el sereno se acercaba al lugar de nuestras maldades. Te dije: ¿Y si lo coge?—Me respondiste—¡Imposible, no lo vé...

Me trasladé á Madrid, sin verla, sin saber la impresión que le haría la ofrenda de los Magos.

Ahora empieza lo que ignoras. A los quince días de estar aquí, recibí carta suya... ¡pidiéndome las cartas!

Pretextito para el arreglo pensé, y con bárbara crueldad la contesté narrándola la *broma*.

Te incluyo las dos cartas que me escribió después. Si no te mueres de repente

O no tienes corazón
ó será de bronce ó peña

¡Busca, indaga, captúrame al sereno, por los clavos de Cristo, él, solo él pudo quitarlas de las ventanas, nadie más nos vió!

Repara que esa mujer sufre.

Anochece, en la habitación cercana mis hermanos velan el sueño de su angel; la puerta de mi cuarto está entreabierta; mi hermana de pie en el balcón, tararea una canción amorosa,



(Dibujo de Eloy Romano).

la luna clarea el cielo y dibuja los perfiles de los árboles del jardín frontero; mi cuñado mira padremente la cuna de su hijo; el ambiente es de calma, yo sufro, amigo mío, yo fantaseo también ahora, y pago en esta noche de luna clara, el *crimen* (como tú dices) que cometimos aquella otra...

Me espantan los idilios; la adoro, chico, la adoro y ella me aborrece, tiemblo al pensar si algún día me contarán de mi nena algo parecido al amor de mis hermanos, al ambiente de paz que entreveo por mi puerta...

Termino; voy á mi parterre, á sufrir á recordar...

Busca al sereno no seas cruel...

ENRIQUE.

P. D.—No te entristezcas hombre, soy feliz, tengo una novia casi tan bonita como la tuya; mis hermanos bien y el niño hermoso... es lo único que hay de cierto en la carta.

No busques al sereno.

Por la copia,
FERNANDO ISCAR.

POESIA POPULAR

(ARTÍCULO POR CENTÍMETROS)

por FEDERICO DE ONÍS



OR casualidad, han caído en mis manos unas cuantas colecciones de cantares y romances populares, casi todos pertenecientes á esta tierra de charros.

Ya hace mucho tiempo que yo conocía la poesía y la música popular de éstos, pero ni había copiado nada, ni había pensado en ello seriamente.

Pero sí recuerdo que he pasado de los ratos mejores de mi vida en pueblos y alquerías de esta tierra. Desde muy pequeño he tenido espíritu de independencia y una afición desmedida á andar de un lado para otro, curioseando cosas nuevas para mí. Por esto apenas podía, no desaprovechaba nunca la ocasión de marcharme cuando tenía algún día libre, á pasarlo fuera de aquí, para gozar del placer de las impresiones nuevas, para respirar nuevos aires que si fortalecen el cuerpo, encantan al alma.

Y muchas veces cuando no tenía disponibles más que uno, dos ó tres días y el dinero no daba para más, me marchaba por ahí á recorrer pueblos y alquerías, á cualquier parte, que esto lo mismo da. Algunas veces, de pequeño, me cogía la escopeta, el morral y buena provisión de cartuchos, me vestía con los arreos de caza, y por la mañana muy temprano salíamos mi perro y yo de los paternos lares, *pian pian* por una carretera alante, y no volvíamos hasta pasados dos, tres ó cuatro días, según daban de sí los días de vacaciones y el dinero disponible.

Desde el coche de San Francisco hasta la rápida bicicleta, usando según los casos, del tren, caballo, asno paciente, coche ó carreta de bueyes, todos los medios de locomoción han sido aprovechados y empleados por mí en mis correrías por esos mundos de Dios.

Pero dejando á un lado todo esto que no importará á mucha gente, porque hay pocos que crean que la literatura debe ser un espejo del alma y de los hechos del escritor, sino que en él se busca generalmente la diversión aún en sacrificio de la sinceridad, pasemos á otras cosas que aunque tal vez á muchos no les importen, por lo menos debían importar á muchos.

Porque yo desde que he oído hablar á señores graves y respetables, que pasan por ilustrados, de la inutilidad del arte y que presentan como ideal de vida la industria y el progreso material, y que entonan himnos á las chimeneas

humeantes de las fábricas, la verdad, creo que hablar á mucha gente de poesía, y más si ésta es popular, viene á producir el mismo efecto que poner un sinapismo á un elefante.

¿Qué se puede esperar de aquél que, puesto delante de una hermosa catedral gótica, no piensa ni siente sino que es una lástima que toda aquella piedra y el esfuerzo que representa se haya empleado en una cosa inútil, y se imagina lo hermoso que sería que las altas torres se convirtieran en gigantes chimeneas y el interior en una fábrica de jabón ó de ladrillos?

¿Sabes tú, lector, lo que es un periódico y cómo se hace éste? Van llegando poco á poco los artículos de los señores colaboradores, los artículos de los redactores hechos tranquilamente y á conciencia en su casa; pero las necesidades del *ajuste* son imperiosas y unas veces falta *original* y otras un artículo demasiado largo da de sí más que el resto del periódico y hay que retirarlo y en su lugar hacer otro de prisa y corriendo, en la misma imprenta, entre el chirrido de las máquinas y las conversaciones de los empleados.

Este último artículo es la *cenicienta*, es el martir que se sacrifica, ó mejor dicho, el mártir es el redactor que lo escribe. En los periódicos diarios es fácil el arreglo; se meten tres ó cuatro noticias locales como éstas: "Ayer tarde los paseos de la población se vieron muy concurridos á causa del buen tiempo, etc.," ó "dos maritornes vinieron á las manos y se dirigieron toda clase de improperios por disputarse el amor de un afortunado galán," ó "unos zulús se entretuvieron ayer tarde en estropear los árboles de un paseo público," y esto es muy socorrido, porque las gentes que pasean, las maritornes que riñen y los zulús que estropean árboles son cosas por demás de corrientes y abundantes en demasía, de modo, que todo el que lo lee cree desde luego en la veracidad de la noticia.

Otras veces en los diarios lo que salva es la tijera, esa palanca poderosa que mueve la prensa toda.

Pero en un periódico semanal y literario, donde no se pueden meter noticias, ni la tijera se puede manejar tan oportunamente para cortar un artículo adecuado y del tamaño justo para las necesidades del ajuste, de verdad os digo que la situación es comprometida y que no se puede salvar más que mediante el sacri-

ficio de uno de los redactores, ni más ni menos que antiguamente cuando sacrificaban los pacientes corderos ante el ara de los dioses.

Pero volvamos á lo de antes, lo de la Poesía charra, no sea que me vuelvan á ofender blancas manos de señorita escritora que maneja la pluma con la destreza conque las otras manejan los palillos de hacer encaje, y me llamen desdeñoso, sencillamente porque de vez en cuando, en estos aprietos, salgo por donde puedo, y me echo á campo traviesa para cojer de acá y de allá, en el menor terreno posible, lo suficiente para llenar las cuartillas que de vez en cuando el editor viene y mide con una cuerda preparada al efecto y que señala la justa medida.

Si esa señorita, que escribe en su casita, muy tranquilamente, en un pueblecito á donde no llega el ruido de las máquinas, ni la voz del impresor, supiera lo que es estar escribiendo en ese acceso de locura que suponían los griegos que cogía por su cuenta al escritor, y que de repente le corta á uno los vuelos la voz del impresor que dice:—"Le faltan á V. siete centímetros y medio; dos cuartillas dan lo suficiente. Puede V. cortar."

¡Cortar, cortar la obra magna, donde estaba uno poniendo su alma entera, la obra que le iba á valer á uno la estatua!

¡Hacer artículos por centímetros!

Si otra vez, distinguida señorita, sus blancas manos cogen la pluma para escribir sobre mi humilde personalidad de periodista, yo la ruego, que aunque me diga lo que piense y esto sea

muy malo para mí, y aunque me ponga V. como nuevo según suele decirse, lo haga refiriéndose á aquellas de mis producciones en las que se vea claramente que están escritas en el retiro de mi embarullado cuarto de estudiante, sin trabas ni sujeciones, pensando en el arte tan sólo y no en los centímetros, ¡que V. no sabe lo que es eso todavía!

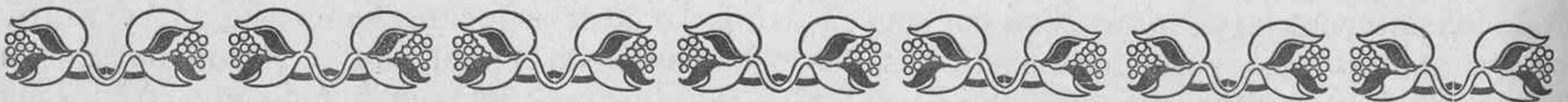
Pero volvamos á lo de antes y van tres veces. A la tercera va la vencida. Señorita, falta una cuartilla, tres centímetros y medio.

Hágame V. el favor, para que otra señorita como V. escritora ó el público en general no la llame desdeñosa, de escribir ahora esta última cuartilla hablando de la poesía popular, entre el ruido de las máquinas y la voz, la eterna voz, diciendo:—No se extienda V., corte V. que sino va á sobrar original. ¡Una cuartilla nada más!

¡Una cuartilla! Ya está llena. ¿Llena de qué? de vaciedades.

Tenga V., amigo impresor, tenga V., ya se salvó la necesidad del ajuste, ya está hecho el periódico, la máquina vá vomitando hojas impresas. Y en ella va mi pobre artículo. Ponga V. una nota, haga V. el favor, una nota que diga: ¡Hecho por centímetros!

El periódico sale á la calle; los artículos de mis compañeros les valen elogios, plácemes, todo ello muy justo; la Administración sube como la espuma; todo vá muy bien; pero yo me quedo sin reputación, sin prestigio, sin gloria, ¡sin la estatua que me iban á levantar un día de estos!



MI HOMENAJE Á GALÁN, POETA



Así se intitula el folleto que saldrá á luz en la próxima semana y cuyo autor es D. Hipólito González Rebollar.

El Sr. González Rebollar, notario, dedicado á los estudios jurídicos, no es de aquellos colegas de los que decía Flaubert: "ruinas de poetas", porque á la polilla que llevan de los legajos del oficio va unida el aura de su juventud.

El mayor elogio que podemos hacer de nuestro amigo, es la publicación de uno de los fragmentos de su homenaje.

VIII

¡Oh Castilla! ¡Oh vetusta Salamanca,
tierra de promisión, seguro oasis
que al génio y al amor prestas abrigo
en esta edad de prosa y decadencia!

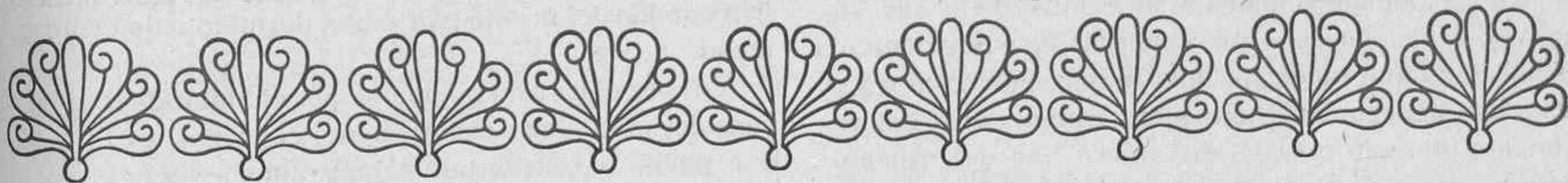
¡Oh Castilla inmortal! tu no atesoras
la pompa y esplendor con que Natura
hizo surgir en climas tropicales
la imagen de soñados paraísos,
fauna y flora de tipo gigantesco,
ingentes y volcánicas alturas
que aproximan á Dios, ni portentosas
del Iguazú y del Niágara cascadas:
¡maravillas sin fin, que deslumbraron,
en su virginidad esplendorosa,
á Chateaubriand y al inmortal Zorrilla!...
En la infinita calma de tu ambiente
no vagan los sueños vaporosos
que en las nieblas del Rhin tejen los Elfos;
ni del tranquilo Tormes en las aguas
humedecen sus bucles las ondinas
de los lagos del Norte. La poesía
que forma el himno de tu amor, es dulce
cual caricia del aura en el verano,

sabrosa como el pan que dá tu tierra,
robusta, cual la encina de tus montes,
casta como tus hijas, magestuosa
como el rodar del agua de tus ríos,
tranquila como el alma del paisaje,
fuerte como el valor, siempre probado,
de tus varones en fatiga ó pena,
soñadora de amables añoranzas
no de febriles, nebulosos sueños...

XI

¿Quién á la lira arrancará cadencias
que rimen con la eterna melodía
de tu apacible encanto misterioso?
¿Quién?... ¡Oh Castilla!—gózate en su númen,
y llora tu orfandad eternamente:—
El verbo del amor de tus amores,
el divino, dulcísimo poeta
que condensó la esencia de hermosura
recóndita en tu ser, y por consuelo
se la ofreció á tus hijos, en la imagen
de aquella flor silvestre castellana
sin amaños hermosa, cuyos ojos
infunden, al mirar, tranquilidades,
sencilla, honesta, recatada y dulce,
prudente y algo arisca y montesina
cual paloma torcaz, rosada y fresca,
vertiendo efluvios de salud: la esposa
de su sueño de amor fuerte y fecundo,
bautizada por él, Ana-María.
Sí, tu poeta, el que gozó en tu seno,

á la sombra de espesos encinares,
de la blanca alquería en el reposo,
las dulces horas del vivir tranquilo,
de la conciencia pura en el regazo,
para libar allí sabrosas mieles,
que, convertidas en canción sublime,
ofreció en alimento á nuestras almas;
el que cantó tus santos ideales,
dió expresión de ternura á tus idilios,
evocó tus augustas tradiciones,
y en un rosario de inmortales versos
engarzó tus bellezas campesinas,
cual perlas que, á su mágico conjuro,
brotasen de tu ambiente en las entrañas;
el que elevó aquel himno portentoso
á tu fecundidad, que siglo á siglo
lleva de tus virtudes el tesoro
de tus robustos hijos en las venas:
fé, trabajo, constancia, amor sin fiebres,
resignación, frugalidad, ternura
para el sufrir ageno, y en el propio
silencioso valor, sincera y noble
fraternidad, vigor, sana alegría,
placeres no enervantes, que restauran
fuerzas gastadas en la eterna lucha,
dulce embeleso del vivir tranquilo,
sin sórdidos afanes, sin tormentos
de la ambición, sin el cruel martirio
de la mente, que en brazos de la duda
cae, por fin, en su avidez de ciencia.



DE COLABORACIÓN

ALMA SENSIBLE

por MANUEL C. ANGOSO



ANGELES era una, mejor dicho un
angel de la tierra, una morena de
ojos negros y penetrantes, pero
su transparente rostro tenía la
palidez de la cera, debido sin du-
da alguna á que Angeles no salía
de casa más que para ir al colegio; esta era la
vida de la jovencita; estaba siempre triste, á
sus labios rosados no asomaba la más pequeña
sonrisa, no gustaba de recrearse, hablaba y co-
mía poco y á sus padres llegó á causarles miedo
la tristeza y melancolía de su hija.

Llegó el día de su santo; numerosas amigui-
tas corrieron á felicitarla, reían, cantaban para
ver si podían alegrar á la jovencita; todo inútil.
Angeles continuaba triste, no reía, ni se diver-
tía como sus compañeras; éstas la llevaron nu-

merosos regalos, todos los cuales agradaron
mucho á la joven, pero ninguno como una pre-
ciosa jaula, carcel dorada de juguetón canario.
Desde aquel día el canario fué el amigo y com-
pañero de Angeles; se acostaba pensando en él,
y por las mañanas lo primero que hacía era
limpiarle la jaula y echarle de comer, después
se ponía á coser ó bordar, pero siempre cerca
del canario, que parecía comprender y cantaba,
y á medida que pasaban los días, Angeles se ha-
cía cada vez más alegre y bulliciosa. Ya gusta-
ba de salir á paseo, de recrearse con sus ami-
gas, ya sus mejillas habían tomado su color na-
tural, en fin diríase que Angeles había resucita-
do..... ya tenía ilusiones..... Angeles amaba, no
sabía á quien, pero amaba....

.....

Alfonso era un muchacho rubio, simpático, uno de esos jóvenes que pudieran llamarse guapos en su sexo, y que en los frecuentes paseos que Angeles daba, la seguía á todas partes, hallábase prendado de ella; ésta, por su parte también se había fijado en él. Los ojos de los jóvenes se encontraban muchas veces, se tuteaban, se hablaban en ese lenguaje mudo, pero inteligible.

Pasado cierto tiempo, lo que en un principio hablaron sus ojos, lo hicieron después sus labios; los jóvenes pasaban largos ratos al balcón, eran felices... se amaban...

*
**

Una mañana levantóse Angeles, y como de

costumbre, fué presurosa á limpiar la jaula y echar de comer á su canario, pero al llegar á la jaula, Angeles dió un grito y copiosas lágrimas afluyeron á sus ojos..... El canario que la había vuelto á la vida y despertado sus ilusiones estaba muerto. ¡Pobre Angeles!

Desde aquel día el balcón de Angeles no volvió á abrirse para hablar con Alfonso.

¡Pobre Alfonso!..... A su Angeles le había pasado lo mismo que á aquellas flores, que al salir el sol de la mañana, el sol vivificador, se tornan frescas y lozanas para luego cerrar sus pétalos, ya mustios, cuando el sol que las infundió vida, muere en el poniente..... al venir la noche.



LAS DOS ESCUELAS

por F. VILLACAMPA

(Continuación)

nos un sinnúmero de palabras. Pero de tus últimas deduzco, que ese ideal que persigues y que en vano das alcance, ni lo considero tan ideal y por ende no tan raro como tu te lo figuras. Cualquiera diría..... pero..... nada hombre que lo que á tí te ocurre, es lo que te he dicho hace unos momentos: padeces un cambio de fechas. ¿Ignoras ó por mejor decir no recuerdas, que hoy día nada es más fácil que encontrar una mujer que toque uno y hasta dos instrumentos, que pinte, esté al tanto del movimiento literario más del extranjero que del español, etcétera etc.? Pues si esto es así, no encuentro, repito, ninguna dificultad en darte el gustazo de poseer ese ideal que tu sueñas.

—Veo que no comprendistes mis palabras, ó que yo no me expliqué con claridad. Que toquen, pinten y lean novelas, hay muchas mujeres; que sientan el arte muy pocas. Hoy, una mujer, idénticas emociones experimenta trasladando al lienzo la *Purísima*, de Murillo, que *Tristes herencias*, de Sorolla; no hay inteligencia entre el sujeto y el objeto. Las que tú me brindas son mecanismos, y yo busco artistas. Tú me brindas materia que hace vibrar, yo deseo espíritu que se emocione.

—Ahora te entiendo menos—contestó Antonio, disponiéndose á liar un cigarrillo, como aquel que renuncia por el momento, á fijar la atención en una cosa que se escapa á su imaginación.

—Escúchame y penetrarás mis ideas. Si en tu mano está—prosiguió Enrique—¿no poetizarás tu amor por cuantos medios estén á tu alcance? Indudablemente. Pues bien, eso es lo que yo pretendo, poetizarlo, inmortalizarlo hasta lo inconcebible, como fin de hacerlo tan duradero como nuestra existencia.

—Veamos..... en concreto..... expón tu criterio de una manera clara y definida.

—Desde el momento que el amor descansase, de cuatro puntos de apoyo, por tres, sobre las pasiones, es un amor

muerto en un plazo más ó menos lejano. No me negarás que en la vida conyugal, llega uno á cierta edad en que las pasiones huyen dejando al matrimonio en una especie de *statu-quo*, que dista mucho de ser amor: es más bien el *apego* de dos personas que durante largos años, han comido del mismo pan y han dormido bajo el mismo techo.

Yo, por el contrario, opino, que el amor ideal, si bien considerando como complemento el carnal, es lo único que puede hacernos tan completamente felices como aquí en la tierra es posible serlo. Pretendo hacer á la naturaleza colaboradora en mi amor, quiero una mujer inteligente, capaz de extasiarse ante los cuadros con que la naturaleza nos brinda, y ante esos cuadros tan sublimes, sentir nuestras almas, dilatarse hasta confundirse á impulsos de un mismo entusiasmo de una misma sensación. Quiero que la música sea el lenguaje de nuestros corazones; ver en cada nota un *yo te amo*, en cada partitura un idilio de amor, en cada idilio de amor un recuerdo fiel del Paraíso terrenal. Quiero reír con ella, llorar con ella, sentir con ella; percibir como sus emociones las transmite al piano, por ejemplo, transformándolas en dulcísimas notas que vienen á acariciar mi alma, bañándola de emociones jamás sentidas, por ser siempre nuevas. Quiero ser amado en medio del arte. Si es un libro lo que ojeamos, quiero meditar cada pasaje, cada idea; sentir ambos las mismas sacudidas, contemplarnos uno en dos, un alma en dos cuerpos, siempre amantes, siempre dispuestos á nuevas emociones, siempre jóvenes. Y así, en virtud de esta educación constante del *ser artista*, llegaríamos al fin de nuestros días cada vez más remozados, más refinados en nuestras percepciones artísticas, más sibaritas en nuestro amor; y ahora, Antonio, dime ¿quién ama más? ¿quién ama mejor? ¿tú ó yo?